

# De *Los ríos profundos* a *Lituma en los andes*. La respuesta de Mario Vargas Llosa a José María Arguedas

MARIE-MADELEINE GLADIEU  
*Universidad de Reims (Francia)*  
mgladieu@hotmail.com



La novela de Mario Vargas Llosa *Lituma en los Andes*<sup>1</sup> poco tiene que ver, aparentemente, con el mundo narrativo de José María Arguedas: las nuevas aventuras de un personaje ficticio bien conocido de los lectores, presente en varias obras anteriores de aquel autor, en nada se asemejan a las del niño Ernesto ni a las de otro protagonista arguediano. Los Andes sirven de decorado para los dos relatos, pero entre la naturaleza y los pueblos que se suceden en *Los ríos profundos*<sup>2</sup> en toda su diversidad, y los paisajes hoscos y siempre peligrosos por los que cruza Lituma, apenas reconoce el lector aquella parte del sur peruano. Algunos detalles, sin embargo, al examinar bien el texto y el contexto de *Lituma en los Andes*, llaman la atención.

Desde sus años de estudiante, cuando Mario Vargas Llosa se encargaba de la redacción de una página semanal en *El Comercio*, en la que presentaba la obra de un escritor peruano o hispanoamericano, manifestó su admiración por el colega mayor que difería tanto de la casi totalidad de los autores neoindigenistas o nativistas en su manera de animar, en sus relatos de ficción, al mundo andino. La “verdad” de las escenas y de los motivos serranos daba cuenta de un mundo conocido desde dentro, expresado sin más deformaciones que las imprimidas por los “demonios” del escritor, manifestaciones del paso del simple reportaje o del estudio etnológico a la creación de un mundo de ficción narrativa. Aunque, con los años, evolucione su juicio sobre Arguedas y su obra, hasta la publicación del ensayo *La utopía*

---

1 Mario VARGAS LLOSA, *Lituma en los Andes*, Barcelona, Editorial Planeta, 1993.

2 José María ARGUEDAS, *Los ríos profundos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2003 (primera edición, 1958)

*arcaica*, en 1996, particularmente crítico para con las últimas obras y las opciones políticas arguedianas, Vargas Llosa siempre considerará *Los ríos profundos* como una buena novela. El interés permanente que revelan sus artículos y ensayos publicados con cierta regularidad, hace de José María Arguedas no un modelo, ni siquiera un “demonio” de Mario Vargas Llosa (pocos episodios de su obra narrativa están situados en la sierra), sino un imposible interlocutor, representante de una ideología a la que cada vez rechaza más, al que siente la necesidad de contradecir, de increpar, mayormente cuando, dos decenios después de fallecer aquél, la protesta contra la injusticia social ha revertido en violencia sanguinaria y destructora de los medios de producción modernos del país. El portavoz del liberalismo en el Perú sólo puede estar en desacuerdo con el de una solución socialista, respetuoso de la cultura y de la tradición, al problema indio.

*Lituma en los Andes* precede poco de *La utopía arcaica*. Además, varios detalles de la novela remiten a Arguedas y a su obra, y sugieren una lectura posible del texto de ficción, que por supuesto no pretende ser la única, ni siquiera ser el primer propósito del autor: una contestación a la obra y a las ideas arguedianas, llevada a cabo no mediante un artículo o un ensayo, sino mediante un texto de ficción, que contenga alusiones bastante claras para que el lector se dé cuenta de los “guiños” del novelista. Después de un decenio de terrorismo, los valores andinos parecen aniquilados; los obreros que intentan construir una carretera ya no conocen sino las extrañas fiestas que organizan Dionisio, el tabernero, y su mujer Adriana, borracheras desprovistas de alegría que sirven de prelude a ritos abominables. La experiencia del mal que hacía hablar al niño Ernesto del infierno de Abancay, resulta anodina comparada con el mundo de Naccos. Y algunos detalles dan a pensar que éste, bajo varios aspectos, no es sino el de Abancay degradado.

En las dos novelas, el lugar donde transcurre la mayor parte de la acción se presenta como aislado del resto del mundo, pero en él tiene que residir el protagonista por voluntad ajena y superior. El padre de Ernesto entrega su hijo a los padres del colegio de Abancay para que lo instruyan y eduquen; dos caminos permiten salir de la ciudad: el que pasa por el puente sobre el río Pachachaca, ruta de Ernesto y de su padre, y el que toman los soldados para pacificar la zona. En cuanto a Lituma, fue destinado a Naccos para solucionar el enigma de las desapariciones de peones, y allí ha de quedarse mientras la Administración no lo destine a otro lugar. Las obras de la futura carretera, regularmente interrumpidas por fenómenos naturales,

por huaicos, no progresan, y la mayor parte de los personajes se desplazan caminando por senderos de mulas. En ambos casos, el protagonista se siente aislado del resto del mundo, y aunque cumpla con la tarea impuesta, añora los lugares de la niñez y de la vida despreocupada de joven adulto, la presencia de los amigos y protectores, y divierte su profunda soledad siguiendo como simple oyente, a veces como cómplice, los amores y las penas de amor de sus compañeros. Ernesto y Lituma son hombres solos: la familia de Lituma son sus amigos, los Inconquistables, y la de Ernesto, cuando le pierde el rastro a su padre, son los indios que lo cuidaron siendo niño.

La obra narrativa de Mario Vargas Llosa suele situarse en ciudades de la costa, con algunas incursiones en la selva; hay que esperar hasta 1983 para que parte de una novela, *Historia de Mayta*, se desarrolle en la sierra. El novelista acaba por entonces de realizar una encuesta sobre los periodistas asesinados en Uchuraccay por un grupo de campesinos, misión que le encargó el presidente Belaunde Terry. Unos años después, la campaña electoral lo llevará otra vez a aquella parte del territorio peruano, cada vez más desestabilizada. Varias escenas de *Lituma en los Andes* sufren la influencia de estas experiencias: el principio del primer capítulo, en el que la mujer de la tercera víctima sólo habla quechua y apenas entiende el español de los guardias civiles, e incluso a Tomasito que también habla una variante del quechua de otra zona, parece reflejar las dificultades de comunicación entonces experimentadas por el autor. A esta incomprensión se opone la compenetración de Ernesto, y de su creador, con el mundo quechua, su idioma, su cultura y sus valores. Así se explica la manera como los novelistas presentan la relación de sus personajes a las creencias y al folklore andinos. Los internos del colegio de Abancay cuentan a menudo leyendas o se refieren a personajes de la tradición oral quechua (el nakak´, o el condenado, por ejemplo) para explicar un suceso, o para encontrar la solución a una situación que no logran analizar correctamente: remitir a la experiencia pasada da las claves del mundo, permite entenderlo. En *Lituma en los Andes*, Adriana es el personaje que se refiere a algunas tradiciones, presentándolas de una manera caricaturesca: el folklore ya no es cultura popular viva, sino motivo de episodios burlescos (el nakak´), evocados en el descreimiento por Lituma cuando recuerda lo que se cuenta acerca de la dueña del bar o escuchados por él, cuando ésta los relata, en la incredulidad. Sólo personajes degradados, como son Adriana y Dionisio, pueden dejarse guiar por esas creencias bárbaras.

En la novela de Mario Vargas Llosa algunos nombres remiten de manera obvia a José María Arguedas y a su obra. Tomasito Carreño, cuyo apellido corresponde al del autor de un manual de buenos modales ampliamente difundido en la primera mitad del siglo XX, citado en el capítulo sexto de *Los ríos profundos*, “Zumbayllu”, nació en Sicuani, el pueblo en cuyo colegio Arguedas ejerció el oficio de profesor, haciendo recoger por sus alumnos la tradición oral de la comarca. Además, antes de ser destinado a Naccos, le habían dado un primer puesto en Andahuaylas, ciudad donde nació Arguedas. Casi cabe hablar de “destinos entrecruzados”, arreglados por Vargas Llosa. En cuanto a la sensibilidad, persona y personaje presentan también cierta similitud. Arguedas crea personajes en los que invierte parte de sí, sensibles al sufrimiento de los animales y de los seres humanos. Después de presenciar el castigo infligido a las novillas del patrón por el indio Kutu, cuya novia fue violada por aquél, en el cuento titulado *Warma kuyay*, el niño Ernesto va a consolarlas y llora al ver sus llagas: es el ser inocente, injustamente herido. El niño Ernesto de *Los ríos profundos* se compadece de las muchachas hermosas que viven aisladas en un mundo hostil, del pongo de su tío cusqueño, de los indios de Patibamba, de la “opa”, etc.: posee lo que los andinos de habla quechua llaman “okllo”, sensibilidad ante el sentir ajeno. Y Tomasito comparte dicha sensibilidad: narra con emoción y rebelión contenidas la historia de Pedrito Tinoco, el “opa” –reconocido por un hombre de Abancay, precisamente– al que vanamente los guardias civiles torturaron para obligarlo a hablar, porque hablar nunca supo él, la confianza que le tuvieron las vicuñas y su dolor al verlas matadas por los “terrucos” por motivos ideológicos, y refiriéndose a Meche, su compasión ante el maltrato que recibe de su amante, el “Chancho”.

Además, Ernesto y Tomasito actúan influidos por el modelo caballeresco, siguiendo la tradición del caballero medieval europeo que ha de defender y rescatar a las mujeres y muchachas indefensas, de los peligros que son los hombres malintencionados y sin honor. Ernesto, más joven, en una ciudad, y podemos añadir, en una provincia, envenenada por el aliento de fuego de los dragones de hoy que son los terratenientes a la antigua, sueña con enamorarse de una hermosa y dulce joven prisionera de un pueblo cruel; pero hasta entonces se limita a cantar delante de las casas de tales jóvenes desgraciadas, y a escribir por su amigo una carta de amor que es un poema en prosa. En cuanto a Tomasito, se lleva a Meche, la prostituta, no en un hermoso alazán, sino en un traqueteante camión andino: es la caricatura del rapto de la amada pura según la norma medieval, y la de los

sueños redentores de Ernesto. Y si algo envenena el ambiente de Naccos, es el terrorismo, son los “sacrificios” de los peones que trabajan en las obras de la hipotética carretera y los ritos de canibalismo organizados por Dionisio y Adriana.

La noción de rito religioso, en *Lituma en los Andes*, también parece una caricatura de la que encontramos en *Los ríos profundos*. En esta novela, el catolicismo heredado de la época virreinal se observa en varios capítulos: en el primero, durante la visita de Cusco, de la catedral con el Viejo, el culto al Señor de los Temblores sigue igual a lo que era tres siglos atrás; en el colegio de Abancay, si los sermones del Padre Director connotan el segundo decenio del siglo XX, se siguen celebrando misas católicas tradicionales, y ante la epidemia de tifus, de “peste”, una misa solemne es lo que piden los colonos de Patibamba (el Padre Nuestro, rezado durante este rito, es una de las maneras de exorcizar el mal: lo sabe Ernesto, que rezará esta oración para vencer a la Madre de la Peste). En cambio, en *Lituma en los Andes*, los medios de lucha con el mal resultan tan bárbaros como el propio mal. Los ritos nocturnos celebrados en la cantina de Dionisio, borracheras, bailes entre hombres al parecer, puesto que la única mujer presente es Adriana, sacrificios humanos y ritos de canibalismo, como actos de comunión con la víctima, destinados a aplacar a las divinidades enojadas, horrorizan a algunos participantes, al borracho del último capítulo, ya medio loco, y a los guardias encargados de la pesquisa. Dionisio, por lo demás, ha transformado la chichería tradicional sustituyendo el pisco a la chicha, y la música de la radio a la de los músicos andinos. Se va abandonando el folklore, el alcohol consumido es más fuerte, con todas las consecuencias para la salud, y paralelamente a la pérdida de trabajo sufrida por los indios músicos, el sonido artificial que llega mal a la aldea de Naccos pierde los matices de la música en vivo, los que constituyen la diferencia entre un huayno o un yarawí de dos lugares distintos.

Los internos del colegio de Abancay suelen relacionar sus experiencias con los relatos orales de las leyendas andinas. Para Ernesto, su tío Manuel Jesús es un “condenado”, y el Lleras acaba transmutándose en “condenado”; otro interno narra la manera de librar a los “condenados” de sus sufrimientos. Otros personajes parecen encarnaciones del “nakak’”. Los seres legendarios existen en la mente del pueblo, todos creen en su existencia y propagación. Son modelos que aún se encuentran en el mundo andino. Se trata de una cultura viva, que ayuda a entender el mundo y a comportarse debidamente. Pero la novela de Mario Vargas Llosa insiste en el aspecto

destructor de tales leyendas. El “nakak´” o “pishtaco” rapta a las muchachas del pueblo, y primero a la hermana de Adriana, razón por la cual ésta decide hacer lo imposible para recuperarla y matar al “pishtaco”. El daño afecta a los conocidos, y la creencia legendaria ya se torna en manifestación de la barbarie inherente a la tradición andina. Lo mismo sucede con el extraño rito de purificación y ofrenda a las divinidades: el peón del último capítulo, que compartió la vida y trabajos de los sacrificados, se vuelve loco al no poder olvidar que “comulgó” con la carne de sus compañeros. En vez de ayudar a los miembros de un grupo humano a solucionar sus problemas en la vida y en la sociedad, la tradición cultural destruye, tan certeramente como la “liberación” de los pueblos que lleva a cabo Sendero. La sociedad andina sigue creyendo en sus mitos y leyendas, pero en lugar de servir para unificarla y armonizar las relaciones humanas, la destruyen por dentro, mientras nuevas ideologías la destruyen por fuera. La cultura “arcaica” resulta aniquiladora.

Si *Lituma en los Andes* no se presenta claramente como la manera de contradecir, en un texto de ficción, la utopía arguediana, y más precisamente la que se expresa en *Los ríos profundos*, algunas referencias, al parecer casuales, remiten claramente a Arguedas, e invitan a establecer el paralelo aquí propuesto. Además la manera de tratar las relaciones del pueblo andino a ciertos elementos de su cultura, y las consecuencias de la conservación de antiguas creencias y ritos, es la señal indudable de la posición del autor, de sus criterios culturales. El mundo moderno y la cultura occidental son imperfectos, pero peor es la tradición degradada que subsiste en los lugares remotos y desheredados del Perú. Protesta personal contra los males que afligen la sierra sur peruana, el terrorismo, el aislamiento, la miseria económica y cultural que observó durante su misión de 1983 y su campaña electoral de 1989-1990, *Lituma en los Andes* es también una novela de encuesta policial, una novela de amor que empieza mal y termina bien, y para el lector más atento, una manera de contradecir en la “práctica”, mediante un texto de ficción que, por definición, miente, la visión arguediana del mundo andino.